

Enrique Jaramillo Levi

*Justicia
poética*



EUNED
EDITORIAL
UNIVERSIDAD
ESTATAL
A DISTANCIA

JUSTICIA POÉTICA

Enrique Jaramillo Levi

Editorial de la Universidad Estatal a Distancia

San José, Costa Rica, 2008

Índice

De sueños y lecturas y realidades

Absorta un rato

Sólo soy cuando me miras así, de esa manera...

No me acuerdo

Pasa la voz

Una explicación necesaria

Justicia poética

Tarea pendiente

Entrega

A vuelo de pájaro

¿Por qué no puedo simplemente decirte que te quiero?

Aquí entre nos

Fue al revés

El reino prometido

El silencio cercano de tu lejanía

Lo he visto todo

Demasiado

¿Y por qué no?

Lo innombrable

Estampa campestre

Los fortachones

Su conquista

Magno acontecimiento

Escena en un parque que ni siquiera se menciona

Memorias de un defraudador fiscal

La verdad sea dicha

“...escribir es el encuentro con la incertidumbre y la fragmentación”

Diamela Eltit (chilena)

“Cada cuento, cada ficción, cada invención literaria es un instante más de vida. De modo que yo escribo para seguir escribiendo, para seguir respirando. Y el cuento es mi más puro oxígeno”.

Mempo Giardinelli (argentino)

Todo escritor posee un sexto sentido que le indica cuándo ha alcanzado su meta, cuándo el texto que ha venido trabajando ha adquirido ya la forma que debería tener. Ese momento es siempre un momento de asombro y de reverencia (...) La satisfacción que proporciona ese conocimiento es lo más valioso que un escritor puede salvar del fuego de la literatura”.

Rosario Ferré (puertorriqueña)

Tomado de: Fernando Burgos (editor) **Los escritores y la creación en Hispanoamérica**, Editorial Castalia, Madrid, 2004.

DE SUEÑOS Y LECTURAS Y REALIDADES

(Para mi amiga Zoraida Chong, socia en 9 Signos Grupo Editorial,

de quien tomé prestado su hermoso nombre para construir esta historia inventada)

I

Claro está que ustedes no tienen por qué creerme. Sé perfectamente que lo que les voy a contar suena a mariguanada; a sueños de opio, como se decía antes. Pero les aseguro que soy el peor enemigo de las drogas y que lo ocurrido fue real, lo sigue siendo. Porque quedan los vestigios, o más bien las consecuencias. Y les garantizo que éstas no son poca cosa. Confieso que yo mismo no me creería esta historia si alguno de ustedes me la relatara, pero ocurre que fue a mí al que le pasaron las cosas, y que por tanto el protagonista de los hechos soy yo mismo, qué le vamos a hacer. Y la verdad es que no me puedo quedar con esta carga emocional mordiéndome el alma, debo compartirla, aunque sólo sea plasmando los detalles en palabras; en este texto que ustedes tarde o temprano juzgarán si tiene algún valor. Pero lo que sí les digo es que independientemente de si les gusta o no, los hechos mismos que voy a contarles son reales, y no lo dejarán de ser mientras yo viva. Se los juro.

Tengo la buena o la mala costumbre, según se vea, de soñar tres o cuatro veces por noche. Y me pasa que en mi diario quehacer tengo pésima memoria y tiendo a olvidar hasta las cosas más inmediatas, algunos dicen que más bien soy muy distraído. Pero en cambio todo lo que sueño lo recuerdo siempre; cada escena pasa por mi mente como si la estuviera viendo, como si recrearla fuera lo más sencillo y natural del mundo. Soy capaz de describir las minucias de cada sitio, la figura y comportamiento de cada persona, cada acontecimiento, con lujo de detalles. Para los sueños puede decirse que tengo una mente

fotográfica. Es más, lo que sueño jamás lo olvido, pasa a ser parte de mi ser, tanto o más que las cosas supuestamente reales que me suceden a diario, muchas de las cuales –ya lo dije- termino olvidando casi en seguida. Por eso es que éstas a menudo las escribo, aunque también las otras. Y luego ocurre que no las sé diferenciar, porque todo se vuelve real. No sé por qué es así, pero les garantizo que así mismito es. Tengo muchos defectos, lo sé, pero también deben saber -como dos y dos son cuatro- que jamás miento.

Bueno, todo este preámbulo, señores, para decirles que anoche soñé un larguísimo sueño que me debe haber durado las cinco y pico de horas que estuve dormido. Era un acontecer más bien enigmático, inquietante, verdaderamente largo, casi interminable. Porque si no me hubiera caído de la cama en medio de las piruetas de una escena erótica, sin duda habría seguido soñando el mismo sueño ese hasta quién sabe cuándo. Esperen, antes de que me lo pregunten les cuento que sé que todo era el mismo sueño porque yo era el personaje principal y me fueron pasando cosas y más cosas como si fuera una vida entera la que se desplegara frente a mis ojos, vivida por mí mismo sin remedio. Así como lo oyen. En fin, voy a entrar en materia, trataré de ir resumiendo, no pretendo cansarlos con los detalles, tan abundantes como insólitos. Además, sería imposible contarles con pelos y señales una historia como ésta...

II

En el sueño, como en la realidad, yo era un fanático lector de novelas, un hombre que era capaz de no ir a trabajar un día si las primeras horas de la mañana lo sorprendían metido en el capítulo siete de una extensa novela que tuviera cincuenta y nueve. Recuerdo que leía lenta, parsimoniosamente, degustando cada palabra, cada frase, como si en su sentido explícito u oculto se cifrara la razón de ser del mundo, o de uno de sus

enigmas más acuciosos. Todo lo analizaba, lo sopesaba, lo ponía en relación con lo que decían los párrafos o capítulos anteriores y con las posibilidades que luego pudieran surgir. Jamás leía sin tratar de comprender hasta la más mínima expresión del contenido, y sin dejar de apreciar los sutiles artificios de la forma, que no en balde los hilvana quien escribe.

Era una apasionante novela fantástica. El autor, un panameño de apellido Ibarra Celis, a quien en aquel sueño nadie conocía, ya que se trataba de su primera obra publicada. Les puedo leer completo el primer párrafo del primer capítulo; tan interesante en las cosas que entre líneas sugería, que desde el principio captó mi atención y me sedujo irremediamente. Tan es así que cuando desperté lo primero que hice fue copiarlo. Díganme ustedes si esto no es una auténtica maravilla (el texto transcrito, claro, no mi memoria ni la habilidad para devolverle su sentido literario):

“Zoraida, que era sordomuda pero no tonta, y además muy bella, sabía que su vida era un as que alguien se había sacado de la manga. Y era obvio que en esos casos la carta sorpresiva debía moverle el piso a los otros jugadores. Lo que nunca se imaginó, al menos no hasta que cumplió la mayoría de edad, era que ella misma sería la primera sorprendida. Porque uno suele pensar que con un poquito de buena voluntad, de esfuerzo limpio y suerte, puede estar en control de una buena porción de las cosas en las que se va metiendo, e incluso en no pocas de las que llegan del exterior guiadas por el azar. El problema es que esos otros jugadores no siempre dan la cara, y si la dan difícilmente renuncian al viejo

hábito fácil de la mentira. Y entonces resulta que este tipo de conducta, tan propia de los seres humanos de todos los tiempos, sorprende a las almas puras, les confunde los derroteros y les tuerce las más rectas intenciones. Y demás está decir que Zoraida era un alma pura, purísima, tanto que sin mucho esfuerzo podría apoderarse “sin pecado concebida”. Hasta que se hizo adulta. Sólo entonces comprendió que durante todos esos años los demás habían usado su inocencia sin recato ni medida, que ella había sido una víctima incapaz de negarse a nada por no ofender a quienes la asediaban, que esa suerte de hipnosis en que la tenía sumida su increíble ingenuidad había nacido con ella cuando, precisamente para ella poder nacer, alguien, casi literalmente, como en los juegos de cartas o en las obras de ficción, se la había sacado de la manga con premeditación y alevosía. Alguien, por supuesto, que cuando ella cumplió la edad de la adultez, se presentó frente a sus ojos y habló con arrogantes palabras soeces que por supuesto no pudo escuchar. Alguien que estaba convencido de que la tara de su sordomudez iba aparejada para siempre con la sumisión. Alguien que no supo a tiempo que ella había aprendido poco a poco a respetarse a sí misma, y también a leer los labios, por lo que entendió a la perfección lo que él le decía. Las cosas sucias y terribles que él le musitaba creyendo que seguiría sometiéndola a la ignominia por el solo hecho de ser su creador. Pero en ese

momento Zoraida entendió su origen turbio y supo su destino en un solo relámpago de comprensión. Entonces, en su delicada mano derecha un súbito cuchillo cercano encontró fácil asidero y sin dificultad entró de golpe en el frío corazón de aquel tahúr. También en una ráfaga, la joven mujer supo que su suerte estaba echada. Y poco después huyó de aquel país con rumbo incierto”

No me lo van a creer, pero no hice más que salir a la calle al mediodía, tras terminar de recordar la novela del sueño a partir del párrafo que poco antes transcribí, todavía bajo su influjo, no lo niego, cuando en la esquina me topo de frente y sin remedio con Zoraida. ¡La mismísima Zoraida, como lo oyen! Apenas habían pasado unas horas desde que la soñé como personaje de la novela aquella. Claro que al principio yo no podía creer que fuera ella, aunque era idéntica, como si las hubieran clonado: Altas y esbeltas ambas como modelos de pasarela, muy blancas, de cabello largo hasta la cintura y negrísimo, sus ojos eran grises y parecían siempre mirar con la profundidad y la pasión que, como en el sueño, le faltaban a sus labios y oídos para producir o percibir palabra alguna. Jamás había relacionado a los personajes de mis innumerables sueños, con la gente de carne y hueso que de una u otra forma habían pasaban antes o todavía pasarían después por mi vida. No podía imaginar siquiera que tal cosa fuera posible. Además, en este caso se trataba de una ficción dentro de otra; pues, como ya les dije, en el sueño Zoraida habitaba una novela, casi me atrevería a decir que la iluminaba. ¡No de otra forma, se los aseguro, puedo describirles esa maravilla!

Ustedes sin duda se preguntarán cómo podía yo identificar de manera tan tajante a esa mujer real con aquella otra sobre la que había leído en mi sueño, más allá de mi afirmación sobre el obvio parecido físico existente. Es que ésta también, ya lo mencioné, era sordomuda. Pero de veras que parecía oír y hablar con los ojos, literalmente, como la otra. Y no era nada más que ambas pudían leer los labios, sino que las dos, con sólo descubrir mi existencia, se enamoraron perdidamente de mí. Y yo de ella, porque eran la misma. ¿Cómo lo sé? No es egolatría, no hay en esto vanidad alguna, pero es que la del sueño me sedujo la misma tarde que la conocí, porque yo me sentía el otro personaje de la novela, su pareja de antes, su amante; ésta, en cambio, lo hizo la misma noche que nos conocimos fuera del sueño. Ambas con idénticas palabras escritas en una servilleta: “Quiero que hagamos el amor como en una selva inhóspita, sin límites ni condiciones, como si nunca más nos fuéramos a ver”, me dijeron ambas en un café cercano al sitio –el mismo- en que nos conocimos; y yo por supuesto respondí que sí. Dentro de lo irracional de las circunstancias, era lo lógico, ¿no? Dudo que alguien hubiera dicho –y hecho- otra cosa. Era imposible, se los garantizo, negarse a la voluntad erótica de Zoraida.

En la novela, esa escena, nuestro encuentro antes en plena calle, y el arrebató amoroso poco después, ocurren en el último capítulo, casi al final; el último segmento, en un motel en las afueras de la ciudad. En la realidad, los tres escenarios se dieron sólo unas horas más tarde, totalmente lúcido, sabiendo que no soñaba. Nuestros cuerpos enloquecieron con igual pasión en ambos tiempos. Pero hay una diferencia: en la novela de mi sueño no la volví a ver, porque nuestro último orgasmo dejó su secuela pendiente de repetición en un futuro encuentro que el final de la ficción nos arrebató para siempre; en cambio en la realidad que compartimos esa vez, ella escribió su nombre, dirección y

teléfono en este papel -¡miren ustedes, fíjense bien, ¿lo ven?, no miento, ahí dice *Zoraida*, ¿no?!, porque pretendíamos seguirnos frecuentando. Lo nuestro ya no era un capítulo cerrado, nuestro idilio iba a continuar...

III

Me temo que si no me creyeron lo que les conté antes, menos van a aceptar como cierto lo que pasó después. Porque, claro, todo tiene un antes, un durante y un después. Hasta las cosas más inverosímiles. Pero quien las vive, las vive; y no hay más que hablar. Sólo que yo necesito que ustedes me crean, porque necesito compartir mi extrañamiento, la desazón que me embarga.

Zoraida y yo hacía meses que nos veíamos cada tanto tiempo en diversos sitios. Nos amábamos, aunque nos gustaba el sentido itinerante, de aventura, de nuestra relación. Pero resulta que descubrí que ella estaba leyendo una novela en la que los protagonistas eran tan parecidos a nosotros, que lo que nos ocurrió realmente aquella primera vez en mi sueño -yo se lo conté, por supuesto, y ella me creyó-, y las sucesivas también, según me comentó ella, suceden igualmente -nos suceden- en las páginas de esa otra novela como parte del entramado de la ficción. Y ya se sabe que la intención de un escritor de novelas es que éstas, al ser leídas, parezcan reales. Tan reales que nos absorban y nos transporten a su mundo, convirtiéndolo en el nuestro. Zoraida me hizo saber que nunca había oído hablar del autor, quien dice haber nacido en 1932 en la Villa de los Santos, un tal Rosendo Grimaldo, acaso un seudónimo, porque en la pequeña Panamá conocemos a casi todos los escritores, y éstos se conocen entre sí.

Ella acababa de terminar de leer la obra y me comentó, con algo de angustia, que no le gustaba para nada el final. Se rehúsa entonces a entrar en detalles, tal vez para no alarmarme. La verdad es que yo nunca había visto esa novela, no me la quiso enseñar. Ignoraba su título incluso, y nada sabía del supuesto autor. Pero para ella esa historia y la nuestra se parecían demasiado. Y a mí me preocupa percibirla tensa últimamente, como lejana siempre, sospecho que a raíz del desenlace que no quería contarme. Poco después empiezo a sentir que la estoy perdiendo.

I V

No he visto a Zoraida en una semana. Como no contesta mis llamadas –antes hablábamos seguido- decido ir a verla, recuerden que aún conservo de su puño y letra el papelito en donde apuntó sus datos. La verdad es que hasta ahora nunca la he visitado, ni ella a mí, siempre prefirió que nos viéramos en un motel.

Me dice el dueño del viejo edificio que ahí no ha vivido nunca nadie de ese nombre y con esa descripción, que ese apartamento tiene meses de estar vacío. Pero el número de teléfono del papel coincide con el que el señor nunca quiso desconectar cuando murió su esposa, ya que ellos vivían ahí y él tuvo que mudarse porque no podía con los recuerdos. Me mira con un poco de lástima, sin saber cómo animarme o volverme a la cordura. “Comprendo su angustia”, musita, “Yo también he pasado por momentos de gran confusión cuando me quedé solo y no me animaba a dejar de creer que mi mujer seguía con vida. Es natural,” añade. “Uno se vuelve un poco loco y empieza a inventar cosas y a enredarse en otras, dígamelo a mí. Pero le garantizo que su novia jamás habitó este apartamento.”

Todo esto, señores, muy angustiado, me dio por escribirlo; y tal cual se los he leído. Ustedes disculpen, si los hubo, mis excesos literarios.

V

También escribí lo que sigue. Les ruego escuchen estos apuntes, redactados al calor de una inexorable necesidad interior:

Volví a soñar con Zoraida anoche. Lo primero que pasó es que vino por primera vez a mi apartamento y me regaló la novela. Supuse que era la que ella había leído en la realidad, pero resultó que no, más bien era la otra, la que leí yo en el primer sueño, en el que ella era la protagonista y me seduce. Le dije que ésa ya la había leído, que ella sabía muy bien que la que yo quería leer era la otra. Discutimos. Nos enredamos en una pinche discusión estúpida. Entonces hice algo terrible: Le solté a Zoraida que probablemente ella no era más que un personaje, que mientras no demostrara lo contrario para mí no era una mujer real. “Sabes muy bien que esta plática sólo sucede en un sueño”, le espeté. “Tu boca, tus senos, tu pubis, tus nalgas y caderas, tus muslos que tanto adoro, sólo eran de papel la primera vez que te soñé, pura maravillosa ficción, y ahora sólo son de un extraño fluido onírico, no sé de qué otra forma llamar al material de los sueños”, le volví a gritar sin piedad, ignorando deliberadamente la parte real de nuestra relación reciente.

Ella se me quedó mirando muy triste, con esos ojos grises y profundos que me leían los labios mejor que si oyera mis palabras. Ya no me dijo nada, se vistió lentamente, no me volvió a mirar y se fue.

Zoraida, la verdadera, la de carne y hueso, vino a verme al día siguiente. Me trajo la novela que tanto deseaba leer. Parece que le remordía la conciencia. Todavía en la

puerta, antes de entrar, me mostró una página de la libreta de notas que siempre tenía consigo: “Hoy cumples años”, decía, y yo sonreí, aceptándole el regalo sin envolver, pero no corregí su error. Yo había nacido un once de diciembre y estábamos apenas en octubre. La invité a pasar. Ella se veía algo demacrada, más pálido que de costumbre su blanco rostro. Traía el cabello negrísimo recogido sobre la nuca en un nítido moño antiguo. Su cuello era largo, hermoso, tan hermoso como cuando yo lo recorría con mi lengua. ¡Toda ella era en verdad hermosa!

¡Hermosa, sí, qué quieren que les diga, yo era en verdad un hombre enamorado!
Sigo leyendo los segmentos que faltan de esta historia:

Permanecía de pie, como insegura. “Siéntate, por favor”, le dije. Y se sentó en un sillón junto a la ventana. Miró hacia fuera. Era obvio que quería decirme algo y no hallaba cómo hacerlo. ¿Te sientes bien?, quise saber. “Estoy embarazada”, exclamó de pronto con una suave voz que no le conocía. Los ojos le brillaban. En ese momento me fijé bien en la portada de la novela que me había traído. Palidecí. Yo era el autor. “Tú eres el padre”, afirmaba en ese preciso instante como si hubiera sido siempre dueña de su voz.

VI

Sigo leyendo: Ahora Zoraida vive conmigo. Ya no sueño con ella, no es necesario. Su cuerpo junto al mío es real, lo es también nuestro hijo que en sus entrañas crece cada día. Somos felices. No le he reclamado que se fingiera sordomuda en el plano real, no he querido saber si fue que recuperó su voz por la emoción de decirme de su embarazo... Sin embargo, juro que no recuerdo haber escrito esa novela de la que supuestamente soy responsable. Tampoco he querido leerla. Sospecho que sus páginas

son un adelanto de la vida que hasta ahora hemos estado viviendo, de los sueños y las ficciones dentro de los sueños. Ignoro cómo termina, no quiero saberlo. Ella finge haber olvidado el asunto. Al menos nunca hablamos de eso. Creo que ella cree que no he leído la novela precisamente porque al haberla escrito yo, soy responsable por su final, ése que Zoraida detesta, que la deprime, ése que me niego a conocer.

No sé si con su presencia en mi apartamento y la evolución de su embarazo, que contrarían todo lo que ella antes pensaba sobre el peligro de caer en la rutina en nuestra relación, ella contribuye voluntariamente a que la novela no se cumpla, o lo contrario. Con las mujeres nunca se sabe. Si, como en la otra novela del sueño aquel en que Zoraida nació para mí, ella es un as que un vividor se sacó de la manga para su propio provecho, yo podría ser el naipe que en esta porción de la realidad haga la diferencia. Eso trato de hacer, con mis actos, con la fuerza creciente de mi amor.

Disculpen lo extenso de mi relato, en parte verbal, en parte escrito. Ciertas cosas tuve finalmente que escribirlas en detalle. Esto que ha pasado es real, no un sueño, por lo que no podía confiar en la memoria. Las palabras bien hilvanadas, certeras, contribuyen a veces a la credulidad.

Necesito que me crean. Los hechos se me han venido encima de manera extraña, contundente. Pero eso no prueba nada. Perdonen cualquier incoherencia en mis palabras exaltadas, es que estoy nervioso... ¡Nervioso, no culpable, que conste! Yo no maté a la esposa del señor aquel del edificio en donde decía vivir Zoraida. Y les aseguro que Zoraida y aquella señora, a quien no conocí, no eran la misma persona. Además, el hijo de Zoraida no era de aquel señor, sino mío. Yo los quería a ambos. No, señores, yo no inventé a Zoraida. Zoraida no me inventó a mí. Ambos llegamos a compartir una misma

realidad, más allá de los sueños, más acá de la ficción; un mismo lecho, la gestación de un hijo, el destino que ilusionados tratamos de forjarnos. Créanme, yo los quería a ambos, eran mi única familia, mi ilusión, mi futuro, ¿por qué habría de matarlos? ¿Y qué culpa tengo yo de que eso mismo pasara en el desenlace de una novela que, por pura maldad, alguien firmó con mi nombre con el fin de dañarme, de inducir la realización de los hechos para así destruirnos en la vida real? ¡Búsquenlo a él, a ese maldito escritor cobarde que se apropió de mi nombre y de mi vida, yo soy inocente! ¿Qué culpa tengo yo, señores del jurado, de que Zoraida y mi hijo no aparezcan; de que la realidad y la ficción se parezcan tanto?

ABSORTA UN RATO

Absorta un rato, te vas internando en la suave substancia gris de una modorra largamente requerida. Entrás a sitios imprecisos pero también a los más dulces espacios luminosos. También en los ambiguos y aún más lejanos ámbitos de la abstracción, esa que no termina nunca de precisar sus perfiles, pero que aún así, o tal vez por eso, induce siempre a lúcidamente elucubrar. Te hallabas a gusto entrando y saliendo sin prisa alguna de tantos sitios pocas veces frecuentados, casi podría decirse que te habías topado al fin con la más pura felicidad. Casi.

Porque alguien, intempestivamente, decidió robarle. Por apropiarse del bolso que colgaba del hombro de la silla recta en la que ella descansaba, en cuyo más remoto fondo, en medio del pequeño caos de un montón de cosas de mujer, yacía un monedero en el que había varios billetes doblados hasta quedar reducidos a su más mínima expresión, salió de su oscuro refugio un malnacido que en un momento entró al opaco círculo de luz de la terraza en donde se hallaba ella, y la golpeó brutalmente en la cabeza con una tosca roca.

Inútil agresión, mezquina actitud la de este ser recién escapado de la cárcel. Porque del ámbito de gratísima luz en que hibernaba la mujer, pasó en un segundo al más negro abismo, en el que no cabía idea alguna, ni siquiera una divagación surgida del azar. Cayó de lado sobre su sombra a esa hora de la lenta tarde que desplegaba a lo lejos sus violentos colores, esos que segundos antes ella contemplaba lánguida antes de ensimismarse hasta perder toda noción de la belleza del crepúsculo.

No supo ya que entraba a la eternidad a pesar de un rápido transitar por lo oscuro del camino. Sin entender la causa, la atiborraba una oscura ira contenida, a punto de

explotar. Así se estuvo un tiempo indefinible sin saber nada, flotando sin aparente rumbo, y luego otra vez abstraída. Sólo que de un modo necesariamente más confuso que cuando interviene la voluntad.

Después, sólo después –no enseguida, como se dice- poco a poco, en la distancia, empezó a hacerse la luz, y pudo percibir los difusos contornos del famoso túnel tantas veces anunciado por los sobrevivientes. En seguida, sintiendo una irresistible atracción que la imantaba, una lejana melodía excelsa, convertida ella misma en luz atravesó feliz el túnel, que era inmensamente extenso, y sin embargo bien pronto estuvo en otro sitio, más allá de todo .

¡La visión fue espectacular, maravillosa! En ese instante epifánico entendió lo ocurrido y perdonó –también de golpe como había sido la agresión misma- a su atacante. Al otro lado, éste, sin pensarlo dos veces, encaminó sus pasos y se entregó a las autoridades.

SÓLO SOY CUANDO ME MIRAS ASÍ, DE ESA MANERA ...

Sólo soy cuando me miras así, de esa manera... Insistente, atrevida, cautivadora. Antes y después nada más existo, sobrevivo. Es que esa mirada tuya me subyuga, me estremece, me transforma mientras dura. Y suele durar el tiempo que quieras regalarme, que suele ser mucho, y que yo de mil amores siempre, siempre acepto. Un tiempo en el que entras en mí, entramos, y siento que ya nada externo importa. Porque entonces somos uno y lo mismo, honda sensualidad creciente somos, nos desbordamos, disolvemos los límites, fundidos por completo, libres de ataduras, felices. Estamos entonces más allá del bien y del mal, de lo visible y lo invisible, como remotamente recuerdo que decían en la iglesia los domingos y días de guardar...

El poeta, radiante y tembloroso, suspirando se apartó del espejo. Como hace un momento, cada tanto tiempo había sentido la necesidad, apremiante, de darse un respiro, de mirar hacia adentro, de sentirse acompañado, en armonía, una sola carne sublime, o una sola alma encarnada. Y esa era últimamente la forma de hacerlo, mirándose mirarse mirándose... Después, recargadas las baterías de su maltrecho ego, volvía a la rutina cotidiana. Volvía a ser él mismo, qué remedio.

NO ME ACUERDO

(En recuerdo de mi padre, pero de otra manera)

No me acuerdo, te digo que no me acuerdo de nada. No creo que sea amnesia, pero he olvidado lo ocurrido. Por completo. ¿Qué quieres que te diga? Últimamente tengo ese problema, se me olvidan las cosas de un momento a otro. De pronto tengo como lagunas, vacíos mentales. Me da un poco de miedo, ¿sabes? Espero no sea el principio de una de esas enfermedades demenciales que le dan a los viejos, sólo que yo no lo soy tanto. Hasta me da temor ir a consultar a un médico. Uno nunca sabe. La verdad es que hay cosas que uno preferiría no saber. En todo caso, escribiré esto para que no se me vaya a olvidar. No sabemos la maravilla que es la memoria hasta que la empezamos a echar de menos. ¿Qué tal que llegue un momento en que no la extrañemos en absoluto simplemente porque ya no sepamos siquiera que antes existía? Si al menos pudiéramos suplir siempre la memoria con la imaginación, convertir ésta en un permanente desdoblamiento hacia el pasado, el presente y el futuro. ¡Llegar a creer que lo que imaginamos es lo real, es el recuerdo mismo!

Acabo de encontrar este breve texto en una libreta de apuntes de papá. Él solía escribir cada tanto tiempo cosas sueltas que se le ocurrían. Fragmentos de posibles cuentos. Nunca se sabía a ciencia cierta si determinadas anécdotas eran inventadas o autobiográficas. Supongo que eso no importa mucho en el mundo de la literatura, lo que cuenta es el resultado final, la verosimilitud, que dicen los críticos.

También acostumbrada esbozar aquí y allá versos de futuros poemas, llegué a encontrarlos en todo tipo de papel, y hasta en servilletas que guardaba celosamente, y que supongo llegó a usar en alguno de sus libros. Me lo imagino sentado en las cafeterías y restaurantes pensando, pergeñando palabras, tomándose un capuchino, un expreso o un batido de café, -¡cómo le gustaban!- comiéndose golosamente un banana split o un pastel de moka, escribiendo siempre. O leyendo. ¡Siempre escribiendo y leyendo, siempre solo!

La verdad es que mi padre prefería estar solo que mal acompañado, eso decía, y luego se reía del lugar común. Tenía pocos amigos. Cuando yo crecí, llegué a ser uno de ellos. De los pocos y muy selectos. Le gustaba hablar conmigo, contarme sus cosas, escuchar las mías. En cambio cuando yo era niño prácticamente no me atendía, nunca estaba en casa. Mi madre me crió los ocho primeros años como mejor pudo, con un enorme esfuerzo porque mi padre estaba siempre sin trabajo y era ella la que tenía que proveer para todos, hasta que finalmente me encomendó un día con su hermana, la tía Esther, me dejó una carta, y desapareció. Nunca más supimos de ella. Al menos eso me hizo pensar mi tía, pero quién sabe. Probablemente no era cierto y ellas se comunicaban. Eso lo pienso ahora, por algo antes de morir papá: “Ella conoció a otro que le iba a dar mejor vida pero no quería la carga de un hijo ajeno, y tu madre tomó su decisión”, me confesó sin rencor. Sabía que tampoco él se había portado bien conmigo.

Hay tantas decisiones que toman las personas y que uno no entiende, conductas que uno percibe como inexplicables. Mi padre fue un borracho durante mucho tiempo, por eso no pudo mantener los empleos. Ya viejo salió de él darme la siguiente explicación: “Para mí era muy importante publicar mi segundo libro, tras el éxito de la primera novela, y simplemente no lograba darle la forma y el sentido que buscaba, que el

tema requería, y eso me sacaba de quicio. Fue entonces que empecé a tomar”. Nunca me quiso decir cuál era ese tema, aunque yo creo saberlo.

Mi madre era una mujer hermosa, a quien la vida parecía no hacerle justicia, así es que ella finalmente se dio un destino propio, que me excluía. Pero, ¿qué le costaba haberme llamado o escrito de vez en cuándo? Me imagino que temía que al escuchar mi voz le flaqueara la voluntad y se sintiera obligada a cambiar sus planes. ¿Habrá sido feliz? En realidad no sé si ha muerto, aunque asumo que sí, porque hoy tendría ochenta y dos años. Pero nunca se sabe. La carta que me dejó al marcharse decía escuetamente: “Lamento la decisión que estoy tomando, lo lamento por ti, hijo querido. Pero prematuramente empiezo a envejecer, y no quiero hacerlo sola. Tu tía te cuidará muy bien. Perdóname. Que Dios te bendiga.” Por muchos años no entendí por qué mi compañía y mi cariño no eran suficientes.

El mayor trauma de mi vida ocurrió el día en que, tras varios años de no ver a mi padre porque yo estudiaba fuera, cuando lo fui a visitar entré a su apartamento con una llave propia, pero él ignoró por completo mi presencia. De todos modos lo abracé con fervor, y él se dejó. Pero en seguida se me quedó mirando de lo más extrañado, y de pronto me dijo:

- ¿Y tú quién eres? ¿Por qué me abrazas?

- ¡Papá, por Dios, ¿qué te pasa?! ¡Soy tu hijo Jorge, acabo de regresar de Chile!

¿No me reconoces?

- No me acuerdo –dijo simplemente.

- ¿Cómo que no te acuerdas? Si no he cambiado tanto... ¡Está bien que hace cuatro años no nos vemos, y que ahora traigo el pelo un poco largo y uso barba, pero no es para tanto...!

- ¿Quién eres?

- ¡Cómo que quién soy! ¡Es una broma, ¿verdad?!

Pero no era una broma. Cuando esa noche lo acosté temprano, casi como si fuera un niño perdido en un mundo ajeno, tras registrar su escritorio y revisar el descomunal desorden de sus notas y papeles encontré el breve texto en el que alude, como si conversara con alguien, a su creciente falta de memoria, y sólo entonces empecé a sospechar. Cuando confirmé que ya dormía me fui a la biblioteca de la Universidad, que por suerte permanecía abierta todavía. Consulté una enciclopedia médica y encontré el fatídico nombre y la etiología de la enfermedad que parecía minar la mente de papá: Alzheimer.

Después todo fue cuesta abajo. Durante un año lo cuidé lo mejor que pude, pero llegó un momento en que resultaba peligroso dejarlo solo durante el día mientras me iba al trabajo. Así es que, actuando en contra de mis sentimientos, lo tuve que poner en una institución especializada en ese tipo de males. Al menos estuvo bien atendido, a cargo de profesionales y voluntarias de buen corazón. Y ahí murió tres años más tarde.

Varias semanas después de su partida, limpiando su cuarto encontré un viejo cuaderno con algunas notas cuyo contenido sugiere lo que podría ser una serie de apuntes para un diario. O para unas memorias que rescataran del olvido algunas de sus ideas y emociones. A menos que en la época de su escritura –lamentablemente no está fechada– ya me hubiera borrado por completo de sus recuerdos, asumo que papá sabía que el

único que leería esas reflexiones era yo. En cualquier caso, no dejan de tener interés. No sé si como literatura tengan algún mérito –soy ingeniero civil y no le heredé esa vena a mi padre-, pero sin duda lo tienen como experiencia humana. Reproduzco, al azar, algunos fragmentos:

“Es terrible no poder recordar. Uno se haya como fuera de lugar en un mundo en el que todo lo que ha sido cuenta tanto como lo que ahora es, en el que todo tiene que ver con todo. En el que parece más que lógico que lo que fue y lo presente sirvan para construir el futuro. Es algo que hasta para mí, en mi actual situación, parece elemental. Sin embargo soy un viejo corcho permeado de olvidos. Casi todo me es ajeno, y es que tengo la sensación de que cada nuevo día es el primero porque no quedó nada atrás. Lamentablemente, atrás sólo hay huecos, oscuridades, nada... Ahora todavía lo puedo razonar, mi cerebro aún hilvana bien las ideas y logra darles un sentido mediante la palabra escrita, aunque no entienda el porqué de muchas cosas, de casi nada en realidad. ¡Mañana tal vez no sepa mi nombre!”

¡Y así ocurrió, pobre papá! Llegó el momento, me dijeron en la residencia de ancianos, en que no respondía cuando se le llamaba por su nombre, ni por ningún otro. ¡Un hombre sin identidad, deshabitado! Se volvió un extraño para el mundo, y éste lo fue para él. Simplemente había perdido todo contacto con la realidad. A mí había dejado de conocerme desde aquella vez en su apartamento, recién regresado yo del exterior. Durante el tiempo que lo cuidé no era más que su enfermero, una persona cualquiera.

“Es inútil preguntarme dónde quedó mi literatura, esa que dice mi hijo que yo escribía durante horas y horas desconectado de todo: mis cuentos, poemas y ensayos; algún proyecto de novela. No lo sé. No encuentro ni recuerda nada. Sigo escribiendo por inercia, sin objetivos, sin plan alguno. Ignoro si lo hago bien o mal, no tengo parámetros para establecer juicios de valor. Escribo estas reflexiones para no olvidarlas, para no olvidar que escribo, para recordar que existo mientras las palabras me rescatan momentáneamente del cercano final. He llegado al punto en que sólo escribo porque escribo. ¡Y porque escribo, escribo!”

Una vez, saliendo del cine, papá me dijo que me quería mucho. Me le quedé mirando y le pregunté por qué no me lo había dicho nunca antes. Entonces fue él quien se me quedó viendo, sin decir palabra, con lágrimas en los viejos ojos cansados. “Está bien, papá. No importa. Yo también te quiero mucho. Los dos nos queremos, ¿verdad? Eso es lo único importante.” Entonces me abrazó con un abrazo fuerte, largo, muy emocional. “Un abrazo de oso polar”, lo llamé después, y él sonrió. Desde ese día en adelante, hasta el día de mi viaje, cada tanto tiempo me abrazaba, pero antes decía, como preparando el camino de una larga despedida: “¡Hijo, déjame darte un abrazo de oso polar!” Por alguna razón, esa frase sí que no se le olvidaba, eso me dijo en el aeropuerto, la última vez que pudo expresarme su cariño. Después, lentamente, inexorablemente, todo fue silencio y ausencia, extrañamiento.

PASA LA VOZ

(para Érika Harris, quien habló con talento desde
La voz en la mano, y por tanto entiende de estas cosas)

Cuando uno quiere que una noticia se difunda, que lo sepa Raymundo y todo el mundo, hace públicos los detalles, se los confía a quienes tienen los mejores contactos; en cuyo caso suele decirles: “Pasa la voz”.

Y no es extraño que en realidad la voz, generalmente silenciosa pero pletórica de significación, circule; se expanda; se amplíe; se diversifique de formas insospechadas. Sobre todo ahora que existe Internet y la gente se comunica de todo; desde nimiedades ridículas, absolutamente prescindibles, hasta los más portentosos proyectos tecnológicos o de negocios. Por lo que, en efecto, quienes recibieron aquella noticia se encargaron puntualmente de difundirla, y esto tuvo un efecto multiplicador.

Sólo que, como decía Chespirito, *no contaban con mi astucia*. En ese afán enfermizo de que se supiera todo lo malo de la disidencia cuanto antes y a todo nivel, se olvidaron de mí, simplemente no me tomaron en cuenta, pero yo también tengo mi corazoncito. Porque yo que soy precisamente la *Voz*, esa misma que pasaban y pasaban sin recato ni medida, no pude aceptar que cada quien, como si fuera lo más natural del mundo, distorcionara las cosas, las deformara, las convirtiera en lo que no eran, una y otra vez, de diversas maneras, y así *ad infinitum*, hasta que lo que llegaba a quienes no esperaban la noticia terminaba siendo otra cosa que hacía daño, miles de otras cosas, literalmente. Y no hay derecho.

Así es que me puse las pilas, tomé un cursillo acelerado de computación, y

empecé a enviar mis propios mensajes, a difundir mi propia auténtica voz. Y esa voz decía sólo la verdad. La verdad y nada más que la verdad, *so help me God*, como dicen en los tribunales de justicia gringos. Y entonces descubrí que es una maravilla no tener que depender de nadie, ser uno en verdad su propia voz, ponerlo de manifiesto mediante el uso de Internet. Poder llegar a todas partes en sus propios términos, con sus propias intenciones, más allá de todo temor, más acá de la prisión austera en que han querido encerrar a la Esperanza.

Lo que hice al final fue darle a todos mi propia versión de los hechos –yo había tenido el cuidado de tomar nota y almacenar el inmenso caudal de direcciones electrónicas a las que los correos anteriores habían sido enviados durante varias semanas de intenso ajeteo cibernético-; y eso, por supuesto, cambió drásticamente no sólo el perfil de aquella noticia, sino su necesaria reconsideración, y tuvo nuevas consecuencias. Los resultados han sido, en verdad, sorprendentes:

1. El Dictador de turno fue asesinado por mano anónima en menos de lo que canta un gallo. Y todo el mundo se sintió feliz, incluidos sus más sumisos súbditos.
2. Las víctimas se envalentonaron y, con la ayuda de sus viejos victimarios, se hicieron del poder. Todo el mundo, por supuesto, aplaudió.
3. Los nuevos gobernantes, temerosos de una revuelta interna, acabaron con los antiguos serviles, ahora tan sumisos como lo habían sido en tiempos del Dictador. Para ello implantaron la pena de muerte, que muy pronto se hizo extensiva a todos los que osaran disentir.
4. El nuevo régimen de terror abolió la existencia, inútil según

proclamaron, de los medios de comunicación. El Internet, por supuesto, también fue proscrito. Y casa por casa se requisaron las computadoras –incluyendo *laptops*-, pues eran una peligrosísima fuente de alarma para la sobrevivencia del Estado.

5. Al darse el paso anterior, tan drástico, si bien se ve, como lo era el *ajusticiamiento* –así le llamaron, haciendo gala de una erudición semántica inédita, no *ejecución*- de miles de opositores, lógicamente yo tuve que irme prontamente a la clandestinidad a fin de salvar (no el pellejo, que nunca he tenido) mi preciada existencia virtual.

6. El resultado final de todo este despelote ha sido el caos institucional y por supuesto en la diaria convivencia ciudadana. Ya nadie abre la boca por temor a que entren indeseables moscas a sueldo, o que el régimen mismo se la cierre para siempre, pues por todas partes pululan, abiertamente y tras bambalinas, ojos y oídos dispuestos a ver y cantar -hasta aquello que en realidad no ven u oyen- por un mísero plato de lentejas.

Confieso que yo sigo oculto, pero no me dejo amilanar por el temor. Este texto es un mensaje disfrazado de cuento literario que cada quien recibirá y juzgará a su conveniencia. Lo he redactado trocando la oralidad por la escritura –una vuelta al tan leal *papel* de otros tiempos-, ya que los imbéciles que gobiernan son todos una partida de analfabetos funcionales, cuando no de analfabetos en estado puro. Sin duda no entenderán gran cosa. Lo más probable es que ni siquiera se animen a leerlo. Pero alguien –con suerte una legión de conscientes *álguienes*- descifrá mi voz. Y hallará la forma, a su vez, de pasarla más adelante de nuevas formas. No sé qué ocurra después. Espero en Dios –¿en Dios?- que el siniestro ciclo no se recicle, para que la historia no se repita.

UNA EXPLICACIÓN NECESARIA

I

Nunca he sido muy dado a las explicaciones. Me parece, casi siempre, innecesario, inútil. ¿Para qué? Lo que hay que hacer es tratar de no andar por ahí cometiendo toda suerte de errores chuscos, enredando las cosas, haciendo sufrir a la gente. Más bien uno debe procurar ser como es, para que los otros sepan siempre a qué atenerse, para que nadie se sorprenda. Aunque, claro, de vez en cuando no está de más hacer algo diferente, volverse uno un poco sorpresivo, incluso imprevisible. Pero esto como algo más o menos excepcional. Algo que si bien acontece casi cada Pascua de San Juan, tampoco ocurra tan raramente que dé la impresión de que sólo llega a suceder cuando San Juan agacha el dedo. ¿Pero qué hacer cuando es lo sobrenatural lo que se nos impone, lo que nos desquicia sin remedio? Ahora dicen que yo estaba loco, pero es que no comprenden lo que en verdad pasó.

En todos estos años creo haber sido fiel a la sencillez de mi ideario, a mi manera solidaria y más bien sencilla de comportarme siempre. O casi siempre. Porque lo que voy a contar se me fue de las manos. Totalmente. No tuve ningún control sobre lo ocurrido. Es como si le hubiera sucedido a otro. Y mucho menos puedo ahora disponer de lo que sin duda me harán. Por eso, antes de que ocurra otra cosa, quiero dar aquí una explicación necesaria. Espero que todo el mundo comprenda, y que me perdonen. Errar es de humanos, dicen. También yo he sufrido, con creces, las consecuencias de mis actos.

II

Siempre he sido extremadamente incrédulo. Tanto en materia de religión y política, como de filosofía y cuestiones de esoterismo, me hepreciado de ser muy

cuidadoso en mis creencias y en mis juicios. Pero ya está visto que una cosa es lo que uno cree o deja de creer, y otra muy distinta lo que puede terminar creyendo, porque hay hechos que nos mueven el piso y nos descalabran para siempre las certezas del alma. El día que desperté bruscamente de un sueño profundo, que en ese momento no pude recordar, sólo para hallarme flotando a dos metros del piso de mi cuarto como si yo fuera una pequeña porción de nube que había perdido el rumbo, el asunto no me hizo ninguna gracia. Más bien me dejó helado, y la súbita sorpresa me hizo caer al piso lastimándome el hombro derecho. Tuve que mentirle a mis padres sobre el golpe cuando me llevaron al médico. No siempre puede uno decir la verdad.

Yo tenía entonces quince años –ahora tengo casi treinta, pero hay motivos para pensar que ya no pasaré de esta edad-, y recuerdo que por más que fingiera olvido y actuara como un santo, después de ese incidente nunca más pude sanar mi espíritu maltrecho. Por tres años seguidos mi vida transcurrió “normalmente”. Me convencí de que aquello sólo había sido un sueño, como solemos hacerlo con las cosas que no nos gustan o que francamente nos aterran. Pero una tarde, al regresar de un paseo al lago con un grupo de amigos, tuve la sensación de que en lugar de estar frente a la puerta de mi casa y a punto de abrirla con mi llave y entrar, me hallaba mirándola consternado tras haber salido por ella. Ese momento de vacilación, de extraña duda, me paralizó. Instantes más tarde levitaba en el jardín de adelante, mirando con ansiedad a todas partes, despistado porque no lograba saber si debía insistir en abrir la puerta y entrar, o más bien irme en dirección contraria alejándome de la casa, mi casa. Y recuerdo que por alguna razón ahí mismo tuve conciencia de que hacía mucho mis padres no me mandaban al colegio, pero también supe que nunca había entendido por qué.

En algún momento parpadeé y estaba en una biblioteca saliendo sigilosamente de las viejas páginas de un grueso libro gravemente enfermo de polilla. El libro lo estaba, digo, aunque ahora que lo pienso también yo, porque de camino a casa me fui cayendo a pedazos y un viento inesperado me convirtió en cenizas que volaron por los aires. Después, sin poder evitarlo, yo miraba todo desde una nube cuya fragilidad y tersura recuerdo haber admirado mediante su minuciosa descripción plasmada en el libro que leía horas antes en la biblioteca. Era una nube, por tanto, conocida. Desde ahí veía mi casa, el jardín, a un joven parado frente a la puerta, un chico parecido a mí que segundos después levitaba con cara de total desasosiego, alguien de quien poco después tuve la certeza de que era yo mismo. Por supuesto, en algún momento desperté. Porque uno no puede permanecer por siempre soñando tales locuras.

Pero pese a saber que estaba despierto, como en un sueño también entendí que en un abrir y cerrar de ojos, literalmente, había transcurrido el tiempo; que éste se había reconcentrado en sí mismo apretándome en el pequeño centro oscuro de su nuez, y que en consecuencia yo era ahora un hombre que llevaba un montón de años sin empleo y en tratamiento, por lo que aún vivía con sus padres. Un hombre al que le daba una gran vergüenza depender de sus viejos cuando debía ser él quien los mantuviera.

Sentí un deseo inmenso de hacer lo que había leído alguna vez que alguien hacía por razones diferentes a las mías, pues yo en realidad no tenía razón alguna para ello, al menos eso creo... Me fui corriendo a la cocina, y una vez ahí respiré profundo y tranquilamente busqué y hallé una cajetilla de fósforos. ¡A veces uno tiene un sentido mágico de lo oportuno, y así me sentí en ese instante! Un instante que ya no apruebo, por

supuesto, pero que entonces tuvo su ración de gloria. En seguida le había prendido fuego a las cortinas y poco después, frente a mis ojos iluminados, la casa entera ardía.

Poco antes logré salir, justo a tiempo por cierto. Y desde el jardín me quedé presenciando el espectáculo magnífico del incendio. ¡Qué soberbio colorido, qué sinfonía de matices escenificaban el rojo, el amarillo y el naranja que brotaban de todas partes entrelazándose a destajo en lengüetazos magníficos, danzando a mansalva! ¡Casi que sentía yo también deseos de danzar!

Y de pronto me estremecí como sacudido por un oculto látigo justiciero, cuyo impacto desde ese día no me ha dejado respirar en paz. Temblando todo me entró la duda, súbita, terrible, que hasta ahora en este pertinaz aislamiento nadie me ha querido aclarar: ¿Habrían estado ellos en casa?

JUSTICIA POÉTICA

(Para Myriam Bustos Arratia, excelente cuentista y amiga en San José de Costa Rica)

Hay ciertas cosas, ciertas personas, por más que algunos traten de evitarlo, que no podrán jamás gozar de eterna impunidad. Porque aunque no se crea en Dios, existe una justicia divina. O mejor aún, una *justicia poética*, que decían antaño los ilustres letrados.

Él era un hombre malvado, todos lo sabían. Un anciano que de tanto joder a los demás, todavía se gozaba trucando a conveniencia cada movida, tramando argucias que sólo a él favorecieran. Adinerado en absoluta demasía y por tanto rodeado de serviles subalternos, su ingenio no dejaba de construir cuanta trampa pudiera favorecerle los negocios, las relaciones, los proyectos, los invisibles hilos del siempre codiciado poder. Numerosos fueron los infelices que supieron de sus mañas, padeciéndolas abiertamente o tras bambalinas. Resultaba imposible probarle sus fechorías, que a menudo se tornaban auténticos crímenes de lesa humanidad, con sangre de por medio, impunes siempre, siempre pendientes de justicia. Pero cuando el temor se cristaliza en la piel de las víctimas y luego corrompe su propia textura defensiva para volverse terror, muy poco es lo que puede hacerse para cortar de raíz los tentáculos que auspician su razón de ser. ¡Yo lo sé muy bien, cómo no saberlo!

Pero tarde o temprano, como en mi caso, llega el momento de la verdad, Y esa verdad puede crecerse en sus fermentaciones tanto tiempo contenidas, y tornarse reflejo de la mismísima genética maldad. Hay diques que de pronto estallan, pero detrás se encubaba una larga ira contenida. Entonces todo cambia, todo se trasvasa, y alguien como

yo puede respirar un poco al fin. Darle sentido a su historia y, en el proceso, rescatar la dignidad de los demás.

La justicia poética esa de la que hablan ciertas obras no es un don abstracto sino una necesaria acción retardada que en cierto momento encarna liberando todas las amarras, poniendo cada cosa –a cada malvado- en su lugar. Así ocurre en esta historia, tuya, nuestra. En la historia de todas las víctimas de tantas otras iniquidades, gente disminuida, opacamente diseminada por el mundo, aunque no lo sepan en seguida, aunque seamos pocos los testigos, los coyunturalmente reivindicados...

Pero cada vez que un malvado entra a saco en la sordidez de su avieso proceder y termina pudriéndose ahíto de su propio veneno o porque se lo obligan a beber los dioses o los hombres, todos los inocentes de la tierra alcanzan su perdida dignidad. No se trata de venganza, sólo de la gran satisfacción que da un acto justo. La conquista óptima de la gracia, que es la armonía interna y la paz. Uno a veces, como en sueños, arriba a tales certezas. Parecen ajenas, y lo son sin duda, pero bien pronto pueden tornarse propias. Muy de vez en cuando. Como ahora que me siento ilustrado, ahora que súbitamente comprendo...

Él es un hombre malo, sí, una criatura vil, cínica. Yo lo conozco bien, muy bien, de toda la vida. Explotador avieso, dueño de una larga impudicia, insensible, incapaz por sí solo de un gesto compasivo, únicamente a solas en el espejo se ve a veces otro y se le escapa entonces un tímido suspiro de pudor, un asomo de contrición que lo sorprende y de momento lo desarma. Incluso una que otra reflexión que se le antoja profunda. De alguna forma yo lo he sabido siempre, nadie es por siempre de una sola pieza. Y un buen día, iluminado, me armo de valor y lo confronto.

Me miro así fijamente en el espejo y le digo: “¡Date cuenta, eres un monstruo, haz hecho mucho daño, no mereces vivir!” Pálido, me mira consternado, sin decir palabra. “¡Hasta aquí llegaste, cabrón!”, le espeto asombrándome de mi osadía. Y entonces, decididamente -no vaya a ser que renazca de pronto su ancestral maldad-, matándome lo aniquilo.

TAREA PENDIENTE

A la una de la tarde no suelo estar en casa, no suelo estar en cama, no suelo dormir, no suelo soñar las cosas que ahora sueño. A esta hora lo normal es que me encuentre en la tienda, detrás del mostrador, pendiente de los numerosos pedidos. De vez en cuando, si no estoy despachando a un cliente, miro hacia la calle, veo pasar a las colegialas, me deleito mirando cómo se mueven sinuosas bajo las blusitas y las falditas exageradamente cortas ostentando sus prematuros cuerpecitos de pecado, sabiéndose observadas, deseadas. Es la hora del calor, de la siesta ancestral que a estas alturas sólo disfrutan en su ocio los ancianos del barrio, la hora puntual del recreo. Por lo que algunas chicas se escapan un rato para ir a encontrarse en las esquinas con sus pretendientes. Pero resulta que hoy estoy enfermo, una alta temperatura amenaza con fundirme el cerebro, con no poner límites a las figuraciones que abruman mi mente. Sueño que estoy en cama soñando que me encuentro enfermo soñando toda suerte de locuras. Y entonces me despierto abrasado por las llamas de un incendio que no veo pero que me consume por dentro y por fuera. Corro al baño, me desnudo, angustiado me meto a la regadera y dejo que el agua fría bruscamente me salve. Ahí permanezco hasta que no aguanto más el frío y se me ocurre meterme a la cocina buscando el sosiego del calor. Para ello enciendo la estufa y algo hago mal porque en seguida la maldita explosión me hace pedazos. Cada triza de mi ser tiene conciencia de su drástica reducción a nada y en ese mismo instante todas se mueren desoladas. Es cuando despierto y sé que han sido sueños dentro de sueños los que me zarandeaban de aquí para allá sin tregua. ¿Pero cómo saber que realmente estoy despierto ahora?, me pregunto. Ya no siento ese fogaje persistente de la

fiebre, los muebles están en su lugar, yo estoy sentado en el borde de la cama, en el cuarto que conozco porque es mi cuarto de toda la vida, pienso con normalidad, me digo que en efecto al fin estoy despierto. Tan es así que de pronto tengo la certeza de que hay una tarea pendiente, algo ineludible que debo hacer. Recuerdo que debería estar en la tienda, que mi hijo está solo, que sólo tiene doce años, que cualquiera puede entrar y asaltarlo. Casi veo la escena, lo imagino herido, me asusto. Me dispongo a acudir en su ayuda, a medio vestir salgo de la casa, detengo un taxi, me subo, doy la dirección. Hay mucho tráfico, avanzamos lentamente, tomo conciencia de que crece en mi pecho la ansiedad como una enorme raíz extraña queriéndose salir de la tierra, rompiendo el pavimento para liberarse, me digo que debo controlarme, así es que procuro relajarme en el asiento de atrás, después de un rato que parece eterno al fin lo logro, cabeceo, fugazmente sueño con las colegialas, percibo sus risas, los perfumes, las coquetas miradas que me lanzan, atisbo no sé cómo la silueta rebelde de sus pezones. Oigo una voz que me dice que hemos llegado, distraído pago y me bajo. Pero sólo he vuelto a mi casa, a mi cuarto, a mi cama, a mi sueño. Sólo he vuelto a mí, que en realidad no soy yo, ¡oh sorpresa!, sino una colegiala que complacida sueña que seduce al dueño de la tienda de abarrotes, ese que no se ve nada mal para su edad y siempre la mira, sueña que con caricias y promesas ella lo convierte en un ser sumiso, le saca todo el dinero de la semana mientras el muy tonto duerme la siesta creyendo que ha sido él quien me ha engatusado. Creyendo que es él quien me sueña, inventándose la tarea pendiente de despertar y tarde

o temprano convertirme en su amante de media hora en los recreos del mediodía. Pero por supuesto se equivoca, eso no es posible, porque él no va a despertar nunca, los que son soñados no despiertan, simplemente no existen cuando se les deja de soñar. Como ahora.

ENTREGA

(Para Luigi Lescure, prometedor cuentista y socio en 9 Signos Grupo Editorial)

Se deleita hasta lo indecible cuando primero se imagina y luego en verdad siente que él besa tiernamente sus senos, uno por uno, para luego proceder a lamérselos sin prisa, y después ya se los está chupando con creciente excitación. Ella, tan tensa hasta ahora, tan ajena a los hombres, a sus siempre descarados avances, percibe cómo le hormiguea el cuerpo desde la base del cerebro hasta las sinuosidades del pubis y en seguida hasta la planta de los pies. Esto es tan inquietante, piensa, que empiezo a adorar lo que me hace a medida que su lengua desciende como una deliciosa viborita por mi vientre. En seguida me voy humedeciendo, aflojando, recostándome solícita hacia atrás. No sé en qué momento abro las piernas para recibirlo, para que él decididamente entre, se aposente, empiece a moverse con creciente frenesí como una impetuosa máquina de guerra, y agradecida lo idolatro gimiendo. Es la primera vez que ella se entrega así al placer, que se deja ir sin frenos ni medida, disfrutando cada segundo. ¡Además, con un completo desconocido! No se arrepiente. ¡Es una experiencia maravillosa! Tanto, que ya al final aúlla retorciéndose toda como presa de un ataque epiléptico bajo la violenta acometida de esos dedos eléctricos que ya no reconoce como propios, perdida como está en las febriles invenciones de su imaginación.

A VUELO DE PÁJARO

(Para José Ángel Cornejo, gran diseñador gráfico y socio en 9 Signos Grupo Editorial)

I

Todos los pájaros del mundo vuelan menos, que yo sepa, dos: el pingüino y la avestruz. Acaso tampoco lo haga algún otro. En cambio yo soy el único hombre que, sin necesidad de alas reales ni de aditamentos ingeniosos, también lo hace. Lamentablemente, no logro volar cuando sé que me están observando; cuando me escrutan tratando de comprobar el grado extremo de mi supuesta locura. Pero algún día seré noticia, porque es verdad que vuelo. Tan cierto como que me llamo Agreste Aguilar, nací en el remoto pueblo darienita de *Culo del mundo* y tengo una maravillosa familia de la que me siento muy orgulloso. Así de fácil; o de complicado, según se vea.

II

Hasta hace unos años no sabía leer ni escribir. Emigré a la ciudad de Panamá en busca de un futuro más digno, y en una pequeña cafetería del Casco Viejo que yo frecuentaba porque trabajaba cerca como aseador en una escuela, conocí a una joven mujer que atendía las mesas y que, pasando el tiempo, al enamorarnos, quiso redimirme de ese humillante tipo de ignorancia, por lo que se empeñó en enseñarme. Sin duda lo hizo muy bien, y yo resulté ser un excelente alumno, porque ahora leo y escribo más que ella. Hasta pude, poco a poco, iniciar y terminar mi educación primaria y secundaria en las noches en una escuela para adultos. Me tardó años lograrlo, pero lo hice.

Al año de conocernos nos casamos y me satisface siempre decir que tenemos dos hijas maravillosas. Las tres mujeres se ríen cada vez que se menciona en casa el nombre

de mi pueblo, y yo he aprendido a reírme con ellas. La verdad es que he aprendido a reírme de todo porque desde el principio Cristina, que así se llama mi mujer, me contagié con su modo de ser dicharachero y sus ocurrencias. Es una de las pocas mujeres que conozco que son expertas en contar buenos chistes. De esos que lo sacuden a uno de la risa, tanta es su gracia para contarlos y su ingenio.

Mis hijas –Jacinta Socorro y María Romualda-, como también se llamaban mis dos abuelas que en paz descansen, no sacaron el natural sentido de humor de la madre ni han sido capaces de aprenderlo con los años, como lo hice yo. Ambas son más bien serias y exageradamente formales, como si alguien las hubiera educado para ser monjas. Lejos de ser así, Cristina y yo hemos procurado darles una educación liberal, abierta a todas las ideas y a todas las aventuras de la imaginación. El día que me gané abundantemente la lotería –fue sin duda una singular bendición de Dios- pude ponerlas en un buen colegio privado. Ese día, recuerdo, su madre respiró tranquila, ya que desconfía de la calidad pedagógica de la mayor parte de los colegios oficiales. Las niñas –creo que siempre las llamaremos así aunque sean mujeres hechas y derechas- tienen hoy quince y dieciséis años de edad, respectivamente. La mayor se gradúa el próximo año. Nos han salido estudiosas y su sentido de responsabilidad y de respeto saltan a la vista con sólo tratarlas un poco. Estamos muy orgullosas de ambas.

Cristina y yo nos queremos entrañablemente, yo diría que desde el momento mismo en que nos miramos y conversamos como si nos conociéramos de toda la vida aquella primera vez en la cafetería. Ella se mantiene bastante esbelta, y conserva su belleza serena y fresca, aunque por supuesto ya empiezan a notársele los años. Yo, doce años mayor, todavía me veo bien, me asegura. Y sí, la verdad es que sigo estando

saludable y sintiéndome fuerte como un roble. Me satisface grandemente no haber perdido mi vigor sexual, pese a mis sesenta años, pues Cristina siempre ha sido una hembra fogosa y exigente en la cama. Ambos recordamos con cariño que las niñas nacieron de sendas noches de intensa pasión.

Desde hace diez años trabajamos en diferentes departamentos de un mismo Ministerio y almorzamos juntos a diario. Lo que se nos hace eterno es el momento de la jubilación. Puedo decir sin temor a equivocarme que somos una familia normal y, además, extremadamente afortunada, ya que nos mantenemos unidos y felices. A vuelo de pájaro, esto es lo que somos. No sabría qué más decir sobre nosotros.

III

Pero a veces uno tiene un secreto, y el mío ha sido toda la vida la facultad de poder volar. Cuando yo era joven se lo decía a mis amigos, pero nadie me creía porque jamás lo pude demostrar cuando quise hacerlo. Siempre quedé ante ellos como un charlatán. Y es que basta con que haya gente cerca para que, aunque mentalmente sienta la necesidad de hacerlo, mi cuerpo se anquilese todo y quede amarrado a sí mismo como un nudo tosco incapaz de aflojar su creciente tensión. Sin embargo, nada hay más placentero –salvo quizá el dulce cuerpo terso de mi mujer- que echarme a volar sobre la inmensidad de las selvas del Darién –hace años que no lo hago-, sobre el mar Pacífico o sobre los altos edificios de la capital, a mis anchas, muy quitado de la pena. Prefiero hacerlo de día, por supuesto, para así poder mirar la cambiante belleza del mundo abajo y arriba de mi vuelo. Pero como siempre hay gente, casi siempre debo limitarme nada más a la noche. En cualquier caso, ¡esa sensación de desplazamiento suave y recio a la vez,

esa manera de ir sintiendo las cortantes agujas del aire a mis costados, la seguridad de poder desafiar sin dificultad alguna la gravedad que debería halarme hacia abajo, son una verdadera delicia!

Creo que ha llegado el momento de decirle mi secreto a Cristina. Tal vez debí hacerlo hace años. Nunca le he mentado, jamás la engañé, pero este don que Dios me ha dado me pesa en la conciencia por saber que ella no sabe, que ni siquiera sospecha. Es como si le estuviera haciendo trampas, como si la privara de algo que ella merece conocer. Sin embargo, me ha frenado, más que nada, el temor de no poder demostrárselo en el momento en que se disponga a creer. Sería terrible. Quedaría como un gran mentiroso, más que como alguien que de pronto se ha vuelto loco, porque dudo mucho que ella pueda creer que he perdido el juicio a juzgar por mi comportamiento diario y el sentido de responsabilidad demostrado a lo largo de los años.

IV

Al fin pude decirle. Se me quedó mirando fijamente, a los ojos, y en seguida exclamó:

- ¡Dices que vuelas desde niño, que nadie te creía entonces: es algo increíble, difícil de asimilar, no te lo niego! Pero tú jamás has mentado. Desde que vivimos juntos nada me hizo sospechar en ti ese tremendo don. ¿Cuándo lo haces, dónde?

- En la noche, cuando duermes. Siempre has tenido muy pesado el sueño, así es que no me oyes salir. Vuelo dos, tres horas seguidas, por todas partes: selva, mar, la ciudad... Incluso a veces sobre el Canal, aunque no me hubiera atrevido a hacerlo en

tiempos de los gringos, porque tal vez me hubieran derribado de un misil, confundiéndome con una extraña nave enemiga –dije riendo, ambos reímos.

- O se habrían convencido de que Superman existe después de todo... volvimos a reír.

- ¿Cuándo me enseñas?

- ¿A volar?

- No, tonto, a verte volar. ¿Cómo me vas a enseñar a hacer algo que es un don que Dios te ha dado?

- Es probable que, como mis amigos en mi pueblo...

- ¿Culo del mundo? –se burló.

- Sí, ese mismo –reí también-. Que como ellos, no pueda hacerlo frente a ti.

Entonces, igual que mis amigos, pensarás que ...

- No pensaré nada. Creeré que sólo puedes hacerlo cuando estás solo, como dices. No tengo por qué no creerte, mi amor.

- ¡Eres maravillosa!

V

Nunca me he sentido único. Diferente sí, mas no único. En mí no hay una pizca de vanidad por el hecho de poder volar. Siempre tuve la esperanza de poder compartir con Cristina mi habilidad. Durante años, agradecido, soñé con sorprenderla devolviéndole, con la íntima enseñanza del vuelo, su larga paciencia al enseñarme años atrás a leer y escribir. Ella me cree, así es que nada perdemos con probar. ¡Quién quita y

el amor obre milagros! Pero lo lógico es tratar primero de que presencie mi vuelo. Lo primero es lo primero.

VI

No cabe duda: ¡la fe mueve montañas! Cristina creyó en mis palabras, y le fue dado presenciar mis hechos. Me vio elevarme, inclinar horizontalmente el cuerpo, partir rumbo a un punto remoto, alejarme, hasta que tuvo la impresión de que me perdía en la suave explosión de colores del naciente amanecer. Un rato más tarde me vio regresar. ¡Jamás he visto una expresión tan beatífica en su rostro! Más que sorprendida, estaba extasiada, radiante de felicidad. Compartía conmigo una parte de mi plenitud a medida que descendía hasta donde ella.

El siguiente paso será tratar de enseñarle mi don. Si no está en ella, lo cual es muy probable, será inútil. En todo caso, lo dejo en manos de Dios. Pero debo encontrar la forma de protegerla. En fin, ya veremos en unos días... Nada se pierde con probar. Sin embargo, ahora ambos debemos descansar. La emoción ha sido mucha. ¡Cómo me gustaría que algún día, juntos, pudiéramos surcar el cielo, decididamente atravesar el aire y meternos felices por entre las nubes en perfecta armonía, como una enamorada pareja... de aves!

VII

Varios días después, un grupo de turistas canadienses encontró dos cuerpos anónimos destrozados al pie del Cerro Ancón. Las hijas de Agreste Aguilar y Cristina, al oír la noticia en la televisión esa noche mientras cenaban, extrañadas por la prolongada ausencia de sus padres tuvieron el palpito de acudir a la morgue y allí, súbitamente histéricas y todavía incrédulas, reconocieron los cadáveres. El forense declaró que

parecían haber caído de una gran altura, como desde un helicóptero o un avión. No de otra manera podía entenderse la naturaleza del daño violento sufrido por los cráneos, en la columna y en la mayor parte de los otros grandes huesos. Por supuesto, más que en un accidente se pensó en un crimen. Por la publicidad que recibió el hecho, y por la mucha gente que estimaba a la pareja, fue casi una tragedia nacional. Pero no había pistas, y pasando el tiempo la investigación no prosperó y hubo gran frustración en el ambiente.

El sepelio fue triste, muy triste, como suelen serlo todos los sepelios. Transcurrieron los años y en el alma de las chicas anidaron sin remedio, como aves de rapiña, el desconcierto y la amargura. No es fácil reconciliarse de por vida con una inhóspita incertidumbre que se niega a desaparecer. Obviamente, nadie jamás desentrañó el misterio de aquellas muertes.

Yo fui compañero de Agreste Aguilar en la secundaria, allá en *Culo del mundo*, remoto pueblito del Darién. Incluso creo que puedo afirmar que en aquella época fuimos amigos. Era muy serio y, en general, poco comunicativo, por lo que ahora pienso que le pusieron muy bien ese nombre, no sé si verdadero o sólo un apodo: ¡Agreste! Recuerdo que él siempre nos decía a unos cuantos, muy convencido, que podía volar. Por supuesto, nunca le creímos. Porque la verdad es que jamás lo pudo hacer frente a nosotros, si bien lo intentaba una y otra vez. Me acordé mucho de él cuando apareció feamente destrozado, junto con la esposa, allá por un sendero del Cerro Ancón. ¡Malditos tabloides que explotan la tragedia de los que no son encumbrados! ¡Pobres hijas que, como todo el mundo, se quedaron sin entender! No sé si exista alguna relación con lo que solía decirnos cuando fuimos compañeros de clase, aunque sería insólito. La verdad es que no

me gusta meterme en líos, y menos en algo así, tan desagradable, así es que no me atreví a ir con las autoridades que investigaron el trágico acontecimiento, no fuera a ser que quedara yo preso.

¿POR QUÉ NO PUEDO SIMPLEMENTE DECIRTE QUE TE QUIERO?

¿Por qué no puedo simplemente decirte que te quiero?, le dijo en silencio el hombre que llevaba años asediándole la sonrisa, los pequeños gestos de las manos, el suave pestañeo de los ojos que miraban como prometiendo algo ineludible. Se lo dijo con el urgido pensamiento mientras ella, cumpliendo su trabajo, recogía los platos de la cena en presencia de toda la familia, como lo hacía siempre, durante esos meses tensos que él prefería no contar.

Era la primera vez que formulaba la pregunta, la primera y última de muchísimas más oportunidades reales que habrían de surgir. Antes sólo se limitaba a mirarla por partes y luego, ya al final, antes de que se retirara, le daba una suave mirada de conjunto que sólo en una ocasión, ayer para más señas, estaba seguro que la muchacha había percibido. Porque pareció estremecerse, tuvo que levantar la vista, fijarse en él, reconocer la adoración que hervía en sus ojos de marido inconforme. Ella se había sonrojado, dejó caer un plato que se rompió sobre la mesa del comedor cuyos trastes recogía mientras los niños hablaban cosas del colegio y su mujer le contaba algo acerca de un nuevo ejercicio para la espalda.

No pudo evitar pararse de un salto para ayudarla, amarrada como estaba de pronto a una súbita torpeza. Ella se excusó, todos la disculparon, y cada quien siguió en lo suyo menos él. Él, que hacía meses no estaba en lo suyo, porque la presencia de la chica lo perturbaba. Él, que hubiera querido visitarla en su cuarto y hacerla suya noche a noche sin más dilación. Él, que volvió a pensar que un día de estos tendría que decirle que la quería si iba a ganarse su cuerpo pasando por su corazón. Entonces su esposa le preguntó

si no la iba a acompañar como todas las noches a caminar alrededor de la cuadra, y él casi le responde que prefería hacerlo rumbo a los brazos de su platónica rival. Pero la inercia lo hizo seguirla hasta la calle. Diez vueltas dan a la cuadra en silencio. Un silencio que grita su rutina, el mutuo aburrimiento.

Esta madrugada, cuando todos duermen, decidido toco a la puerta de Juliana, que así se llama esa joven beldad enviada por los dioses a nuestra casa. Para mi sorpresa, me deja pasar sin más trámite, precedida por su maravillosa sonrisa. Una vez dentro, de pie frente a mis nervios, retándome, ella y sus erguidos pechos desnudos me contemplan, osados esperan. Entonces siento ya innecesario confiarle lo que más de una vez he pensado, lo que durante la cena hubiera querido decirle. Ahora nuestros ojos hablan por sí solos, se hablan. Cuando, instigado por esa sonrisa que día a día me ha venido cautivando, pongo al fin manos a la obra, manos sobre esa deliciosa obra divina, es otro el uso que en seguida doy a mi boca, a mi lengua. Las palabras, antes y después, salen sobrando.